

De Carlos Luis Sáenz

LOS DOS POLOS DE LA VIDA SOCIAL

Las 24 horas de un PROLETARIO

MADRUGADA

La camisa mugrienta, los pantalones desgarrados, los zapatos sucios; el chorro de agua del tubo espanta el sueño de los ojos heridos de claridades, que ven la casucha destartada, que ven la pesadilla del cuarto donde duermen los cinco chiquillos hambrientos y enfermos. Con un cabo de vela enciende el fogón y el fuego recién nacido es alegre y triste. Se calienta el agua, chorrea el café mecánicamente y se lo bebe sin gustarlo. Recoge un saquillo de manta y algo que fué chaqueta, da un vistazo distraído a los chiquillos, entreabre la puerta y sale. En la esquina, el policía frío, negro, el de todas las mañanas; un perro, un panadero, las campanas de todas las iglesias.

Estridente el camión erizado de palabrotas. El peonaje sube automáticamente. Brilla la carretera nueva; la carretera le duele en los brazos, en las piernas, en la cintura, en el cerebro, en la vida. Corre el camión a través de los campos que despiertan. Sobre las casas campesinas comienzan a nacer cactus de humo; perros, hombres, cerdos, árboles, pájaros, nubes y peones, peones, peones... La quebradora al fin.

Carretillos que van y vienen agrios de chirridos y piedras, piedras, piedras:

olor a piedra, dureza de piedra, polvo de piedra, calor de piedra, peso de piedra, bajo el sol de las seis, de las siete, de las diez. Un descanso; unos bocados bajo un árbol; agua bebida de bruceos en el arroyuelo cercado de helechos. Y de nuevo el ajeteo de la quebradora, de los carretillos que van y vienen; de nuevo el ejército mudo de las piedras y piedras que vomita la cantera... bajo el sol de las doce, de la una, de las cuatro...

El camión de regreso con el peonaje sudoroso, gastado, mal nutrido y peor pagado. El camino atardecido: casuchas, casas, casitas, perros, hombres, niños, pájaros, nubes; a veces aguaceros que caen y resbalan por la piel de la espalda, que enfrían los pies.

De vuelta a la casucha, los chiquillos sucios y hambrientos. Hay que hacerlo todo en casa. La mayoría no puede todavía con las obligaciones; lava caras, prepara algo de comer, lava platos, regaña, regaña y cuando oscurece acuesta a sus cinco chiquillos.

Es de noche. El cuerpo no puede con la fatiga; la irritación nerviosa es insostenible. En la pulpería vecina el radio no ha dejado de moler música, canciones, avisos, canciones interminablemente. El hombre enciende una vela

y se sienta sobre un cajón a fumarse un cigarillo. Está cansado, está desilusionado; está desesperado; está medio muerto de hambre y de fatiga, de humillación, de infortuna.

La mujer le hace falta; no gana ni para medio comer; no le alcanza para pagar el alquiler de la casucha. El capataz lo humilla en el trabajo; los compañeros son indiferentes; no tiene un amigo... La vela parpadea, se oye un grillo en un rincón. Las once. El radio por fin deja de moler música. Alguien toca guitarra en la vecindad; alguien tuesta café; alguien tose; un niño grita colérico... El hombre cabecea; se levanta, apaga la vela moribunda; entra en el cuartucho en donde se oye respirar a los chiquillos mal abrigados. Tira los zapatos, la faja, los pantalones; se tiende en la tija; empieza una oración: «El pan nuestro de cada día... ¿Se lo ha dado el Padre nuestro que está en los cielos? ¿Se lo ha dado? Duerme. Duerme como una de tantas piedras, de estas piedras humanas trituradas entre los dientes inconscientes de esta sociedad burguesa.

Una noche la piedra dormirá para siempre... Las ruedas del tiempo la reducirán a polvo. Descansará por fin entonces cuando sea polvo entre el polvo?

Las 24 horas de un POTENTADO

MADRUGADA

El chofer detiene el automóvil frente a la residencia. Abre la portezuela y despierta al señor que duerme dentro de el carro:

—Don Rafael, ya llegamos.

Don Rafael levanta el cuello de su sobretodo y baja del auto; abre la puerta del Jardín lleno de luna; entra en la casa a su cuartito caliente, limpio; enciende las lámparas, surgen los dorados del lecho, los colores de la rica colcha, las líneas de los cuadros que cuelgan sobre las paredes; la porcelana de los vasos; el armario, el espejo de cuerpo entero en cuya luna se refleja el bienaventurado señor. Se desviste y se arroja en la pijama de colores orientales, perfumada, sedosa; se hunde en el colchón mullido, se abriga y apaga la luz y el dormitorio se sume en una semioscuridad propicia al sueño. Por la imaginación le pasan hechos recientes: el juego en el club en donde perdió mil colones; el paseo en auto con las señoritas tal y los besos que la gatita romántica le dejó pintados en la cara; la cena en el burdel y la juerga con las dos recién llegadas, novicias inexpertas; a la morena le gustaba el maní; a la otra le mojó los pechos en cerveza... El sueño trunca los otros recuerdos.

A las diez entra la sirvien-

te con el desayuno: café, huevos, pan, mantequilla, jugo de naranja.

El joven señor tiene la cabeza pesada, pero devora con gusto, despaçosamente mientras mira dos moscas que zumban sobre el vidrio claro de la ventana. Luego lee los periódicos del día. En la página que da cuenta de los sucesos nocturnos, pasa los ojos por la noticia del choque de un automóvil con el carrito de un vendededor de helados. El carrito quedó hecho pedazos; pero se omite el nombre del dueño del auto que causó el perjuicio. Han hecho muy bien los chicos de la prensa que son sus amigos, porque «el viejo» (su padre) le regatearía el dinero para pagar los daños. La casa está llena de ruidos: son las hermanas que vuelven del Colegio, es el trágico de las sirvientas. Se levanta, se arroja en una gruesa bata de baño y se va al baño. Naturalmente que el baño es un departamento lujoso con su bañera azul, sus espejos, sus toallas blancas, sus paredes y pavimento adornados con azulejos españoles. Es un placer meterse después de una noche de juerga, en el agua tibia y lavarse con jabón perfumado. Luego con toda calma, se afeita; escoge en el ropero un vestido recién estrenado, se calza unos zapatos elegantes, extranjeros que cuestan ochenta colones el

par; se adorna el pecho con corbata flamante y con una guaria en el ojal. Lo esperan en el comedor para el almuerzo. La madre se empeña en que su hijo pruebe todos los platos, los platos, lo encuentra sin apetito y esto preocupa a la señora. Rafael se deja *chinear* por la madre.

Sale. En la oficina no hay mayor cosa que hacer; charla con los amigos, cuentan chistes picantes. Recibe a un cliente: ¡U! qué fatiga! A las cuatro de nuevo a la calle; el auto lo espera como siempre. Tomó el té con Pinche y con Alberto en la cafetería a la moda. Por la noche, después de comer en casa, la novia oficial de ocho y media a once; luego el auto, el club, el baile o el burdel. Hacia el amanecer el dormitorio caliente y perfumado en donde nada falta.

Su padre, profesional de copete, hombre influyente en la política; apellido ilustre. La fortuna de su madre da para todo, es de esas que no pueden acabar nunca, y él es el único hijo varón; se puede dormir tranquilamente en lecho dorado... Otros que trabajen, que suden, que madruguen, que se desvelen, es su suerte. Así lo quiso Dios...

Rafael nació para... (dormir), (comer), (parrandear)? ¿Quién puede averiguarlo? Los que manejan las cosas divinas aseguran que es que Dios les da a unos las duras y a otros las suaves. Ignoramos de qué modo han averiguado esto... El caso es que es un artículo de fe.

Y lo puso Jehová en un jardín espléndido. A la entrada de este jardín hay un letrero para los proletarios: «No hay que tocarlo».

CARLOS LUIS SAENZ

El Presidente CARDENAS en el...

— Viene de la 3a. Página —

Máquina negra que no es máquina roja...

La máquina quiebra el ritmo de la vida, desprecia el nervio y el músculo fuerte; usa a la esclavitud; vilipendia tus ideas libertarias, es burla para tus anhelos, para tus anhelos. Máquina que hierre, máquina que mata...

Ritmo en crescendo de afanes inconclusos, ritmo en crescendo de iras refrenadas, máquinas, esclavas del capital, fábricas-cárceles y obreros de voluntad domada.

Despertad y que galope tu fuerza, despertad no frenando la bestia, dejadle rienda suelta; dejadle con furia galopar al viento.

Máquinas, fuerzas en movimientos; torturas hondas de una clase explotada, productora de esclavos; fatiga con tu son de muerte a esta sociedad gastada.

Máquina negra que no es máquina roja.....

Máquinas: con sangre proletaria, con sudor de obreros, con anhelos sanos, se lubrican tus piñones, tu engranaje.

Obreros sincronizados a tu marcha, voluntades muertas, autómatos humanos, dolor de pueblos y dolor de razas, fuerzas vivas encadenadas a tu implacable masa.

Máquina negra que no es máquina roja.....

Robas el pan, y enriqueces a una minoría que explota la miseria. Máquina negra, que no es máquina roja.....

ARTURO ECHEVERRÍA LORÍA

Nota.—Publicamos este poema de Arturo Echeverría, pero aclaramos que nuestro criterio es que la máquina no es mala en sí, sino el desigual régimen capitalista.

¿Cuál es el criterio del Ejecutivo respecto al paro de Fábricas?

No es deseo del Gobierno que empresario alguno renuncie a sus derechos y entregue los elementos de producción que posee. Pero debe considerarse que si bien esos elementos se encuentran bajo el dominio de personas determinadas, que los administran para su provecho, en un sentido más amplio y general, las fábricas, la propiedad inmueble, incluso el capital bancario, integran el cuerpo de la Economía Nacional; y el interés social se lesiona cuando los propietarios se abstienen de ejercer correctamente sus funciones, escudados en un concepto anacrónico de la propiedad.

Es entonces cuando el Gobierno, legítimo representante de los intereses de la sociedad, debe intervenir para evitar perturbaciones en la economía.

Este es el sentido de la declaración que hice en Monterrey y que no vino sino a corroborar un criterio públicamente sostenido por mí de tiempo atrás. No invité a los empresarios a que abandonaran sus negociaciones; contesté a un representante autorizado de los grupos patronales regiomontanos, cuando expresé la posibilidad de retiro de aquellos patronos que se encontraban fatigados de la lucha social.

Este punto de vista tiene apoyo en la Constitución General, que prohíbe el paro arbitrario.

Podría argüirse que en la misma forma reguladora debería el Poder Público, que no tolera la inactividad de medios de producción por retiro de los patronos, reprimir los movimientos de huelga. Pero es más fácil descubrir la inconsistencia de este argumento. Las huelgas, si se mantienen dentro de la ley, y exigen prestaciones posibles dentro de la capacidad económica de las empresas, favorecen el interés social, porque ayudan a resolver el más grave de los problemas de México: la miseria de los trabajadores. Cuando rebasen el marco de la ley y de la capacidad económica de los patronos, entonces se considerarán perjudiciales los movimientos de huelga.

Pasa a la 6a. Página